



Reflexión Política

ISSN: 0124-0781

reflepol@bumanga.unab.edu.co

Universidad Autónoma de Bucaramanga
Colombia

Urteaga, Eguzki

La teoría del capital social de Robert Putnam: Originalidad y carencias

Reflexión Política, vol. 15, núm. 29, junio, 2013, pp. 44-60

Universidad Autónoma de Bucaramanga

Bucaramanga, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11028415005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Social capital theory of Robert Putnam: Originality and shortcomings

Sumario

Introducción; 1. Los fundamentos conceptuales; El compromiso cívico y asociativo; El familiarismo amoral; 2. Los factores que inciden en la democracia; De la cultura cívica al capital social; La teoría del desbordamiento; 3. Las primeras críticas del capital social; Los deslizamientos de su pensamiento; La debilidad de su tesis; 4. El declive del capital social en Estados Unidos; Las razones y modalidades del declive; 5. Nuevas críticas dirigidas a Robert Putnam; Confusión y circularidad del concepto; Las ambigüedades del discurso; La tentación retórica; Unos indicadores cuestionables; 6. La respuesta de Putnam a estas críticas; Escasas modificaciones de su teoría; Influencia creciente de su obra; 7. Conclusión.

Resumen

Desde la mitad de los años 1990, una abundante literatura científica se ha desarrollado en torno al concepto de capital social. Existe una pluralidad de perspectivas que declinan esta noción: desde los recursos que un individuo puede movilizar como consecuencia de su pertenencia a un grupo, hasta la reciprocidad, la solidaridad o la confianza entre los miembros de un grupo, pasando por las características institucionales e incluso culturales de una sociedad. En este sentido, el objetivo de este artículo es analizar la originalidad y las carencias de la teoría del capital social de Robert Putnam. Si este autor revela la vinculación empírica de redes y normas, y la influencia tanto del asociacionismo como de la participación cívica en el desarrollo económico y la cohesión social de una sociedad, su teoría se caracteriza por ciertos deslizamientos, la debilidad de su tesis principal, la confusión y circularidad del concepto de capital social, la ambigüedad de su discurso político y su tentación retórica; sin olvidar su uso cuestionable de ciertos indicadores. Putnam intenta responder a estas críticas realizando algunas adecuaciones de su enfoque teórico y, sobre todo, desarrollando una amplia campaña de comunicación para difundir sus ideas y marginar las críticas.

Palabras clave: Capital social, teoría, originalidad, carencias, Robert Putnam.

Abstract

From the middle of the 1990's, an abundant scientific literature has been developed concerning the concept of social capital. There exists a plurality of perspectives that decline this notion that goes from the resources that an individual can mobilize as consequence of his belonging to a group, to the reciprocity, the solidarity or the confidence between the members of a group and passing by the institutional and even cultural characteristics of a society. It is the reason why, the aim of this article is to analyze the originality and the failures of the theory of social capital of Robert Putnam. More precisely, if this author reveals the empirical entail of networks and norms, and the influence of associations and civic participation in the economic development and the social cohesion of a society, his theory is characterized by certain slides, the weakness of his principal thesis, the confusion and circularity of the concept of social capital, the ambiguity of the discourse and the rhetorical temptation; without forgetting his questionable use of certain indicators. Putnam tries to answer to these critiques realizing some adequacies of his theoretical approach and, especially, developing a wide campaign of communication to spread his ideas and to isolate these critiques.

Key words: Social capital, theory, originality, failures, Robert Putnam.

Artículo: Recibido en Enero 25 de 2012 y aprobado en Febrero 11 de 2013.

Eguzki Urteaga. Doctor y Licenciado en Sociología por la Universidad Victor Segalen Buerdos 2 y Licenciado en Historia mención Geografía por la Universidad de Pau y de los Países del Adour. Profesor de Sociología en la Universidad del País Vasco e Investigador en el Centro de investigación IKER, laboratorio del CNRS francés.

Correo electrónico: eguzki.urteaga@ehu.es

La teoría del capital social de Robert Putnam: Originalidad y carencias

Eguzki Urteaga

Introducción

Con respecto a las perspectivas de Coleman (1990), Bourdieu (1980) o Granovetter (1974), la teoría de Putnam se distingue por su punto de partida: su actor es un ciudadano y su unidad de observación es la sociedad, que describe principalmente por las características de las relaciones interindividuales. El origen disciplinar es igualmente diferente, así como la pregunta inicial: Putnam es politólogo, especialista de los estudios comparativos, y es a partir de una investigación sobre los factores que determinan los resultados “democráticos” de las sociedades que introduce la noción de capital social.

Por capital social entiende “las características de la organización social, tales como las redes, las normas y la confianza, que facilitan la coordinación y la cooperación para un beneficio mutuo” (Putnam, 1995a: 67). Posteriormente, reformulará su definición, pero su discurso seguirá siendo el mismo: el capital social, que se acumula al uso, facilita la vida y permite reconciliar interés individual e interés general. Unas correlaciones muestran que un elevado *stock* de capital social está siempre asociado a mejores resultados sociales, políticos y económicos.

Más que una teoría, Putnam desarrolla un discurso. El trabajo académico se acompaña de una importante labor de promoción del capital social como instrumento movilizable para la acción pública. Lo que le permitirá ser escuchado y considerado más allá del mundo académico: 1) por los organismos internacionales, tales como el Banco Mundial, el FMI o la OCDE, ya que todos solicitarán su expertaza en capital social; 2) por los medios de comunicación, en los cuales interviene a menudo; 3) por las élites políticas, a imagen de Bill Clinton y Barack Obama; y 4) por los internautas, gracias a su página bowlingalone.com.

Será escuchado igualmente por los investigadores, que reaccionarán de manera muy crítica a sus tesis. Estas críticas, que apenas serán difundidas más allá del ámbito académico, son fundamentales, dado que subrayan unas carencias conceptuales insalvables. En este sentido, el objetivo de este artículo es analizar la teoría del capital social de Robert Putnam poniendo de manifiesto sus aportaciones y carencias. Más precisamente, si este autor revela la vinculación empírica de redes y normas, y la influencia tanto del asociacionismo como de la participación cívica en el desarrollo económico y la cohesión social de una sociedad, su teoría se caracteriza por ciertos deslizamientos, la debilidad de su tesis principal, la confusión y circularidad del concepto de capital social, la ambigüedad de su discurso político y su tentación retórica; sin olvidar su uso cuestionable de ciertos indicadores. Putnam intenta responder a estas críticas realizando algunas adecuaciones de su perspectiva teórica y, sobre todo, desarrollando una amplia campaña de comunicación para difundir sus ideas y marginar esas críticas.

1. Los fundamentos conceptuales

El capital social de Putnam se inspira ampliamente en la concepción de Coleman, y, en menor medida, en la visión de la sociología de las redes sociales (Urteaga, 2009). Pero, se fundamenta sobre todo en las tesis de Tocqueville sobre el rol de las asociaciones, completadas por las nociones de cultura cívica y de “familiarismo amoral”. La perspectiva de Coleman le permitirá sustituir la noción de cultura cívica, que utilizaba en sus primeros trabajos sobre los determinantes de la democracia, por la de capital social.

1.1. El compromiso cívico y asociativo

La pregunta inicial de Putnam, sobre los determinantes de la democracia, la dirige naturalmente hacia Tocqueville. Encuentra en la obra del pensador galo su principal hipótesis: “Cuando Tocqueville ha permanecido en Estados Unidos durante los años 1830, le ha llamado la atención la propensión de los norteamericanos por la asociación cívica como factor clave de su capacidad sin precedentes para hacer funcionar una democracia” (Putnam, 1995a: 65). El compromiso cívico de los ciudadanos, comprendido como su interés por los asuntos públicos, explica la importancia concedida por Putnam a las asociaciones. Efectivamente, funda su construcción sobre la idea que de las asociaciones emergen las normas de reciprocidad que permiten a las sociedades funcionar correctamente. Las redes a las que alude Putnam en su definición hacen referencia esencialmente a las asociaciones voluntarias.

No en vano, su enfoque de las asociaciones difiere ligeramente de la de Tocqueville, que veía en ellas, ciertamente la salvación de la democracia, pero también un antídoto a la “tiranía de la mayoría” y la posibilidad que se opongan unas a otras. Para Tocqueville, la igualdad de condiciones propias a la democracia (en oposición a los privilegios de la aristocracia durante el Antiguo Régimen) corre el riesgo, abriendo a los individuos unas posibilidades de ascenso social impensables anteriormente, de desembocar en una sociedad de personas individualistas preocupadas exclusivamente por la promoción de sus intereses personales, replegadas en sus familias y amigos, y socialmente y políticamente apáticas, excepto en su demanda creciente de tranquilidad pública. Motivados únicamente por sus intereses privados, pierden entonces el interés por los asuntos públicos. Además, sus asuntos privados

no les dejan ni el tiempo ni la energía necesarios para dedicarse a ello. Tocqueville veía el riesgo de una deriva hacia un Estado omnipotente. Simultáneamente, temía los efectos debilitantes de una sociedad de individuos aislados, en oposición al Antiguo Régimen, en el cual la aristocracia mantenía el control del poder central y jerarquizaba la sociedad.

A estas dos derivas potenciales, oponía como amparo las asociaciones “permanentes” de la democracia local y las asociaciones civiles. Así, la participación en la democracia local permite vincular el interés privado y el interés general, y recuerda a los individuos que no son tan independientes unos hacia otros como podría dejarles pensar la igualdad de su condición. Las asociaciones voluntarias, por su parte, tanto políticas como civiles (entre las cuales figuran las asociaciones comerciales), permiten a los individuos movilizar el poder o los medios que no tienen aisladamente. Las dos formas se fortalecen mutuamente, pero Tocqueville insiste sobre el rol primordial de las primeras, mientras que Putnam pondrá el énfasis en las segundas.

La noción de “cultura cívica”, desarrollada en los años 1960 por los politólogos norteamericanos Almond y Verba (1963), le servirá para completar su noción de “compromiso cívico”. El compromiso cívico caracteriza, según Putnam, una comunidad cívica, es decir una sociedad en la cual los ciudadanos están predispuestos a la confianza, a la solidaridad y manifiestan un interés por los asuntos públicos. Todo ello se encontrará en la participación asociativa, por una parte, y en la participación electoral, por otra parte. En este caso también, Putnam derivará ligeramente de la concepción sobre la cual se fundamenta, porque, mientras que los trabajos de Almond y Verba subrayaban el reparto desigual de esta disposición en la población, especialmente en función del estatus socioeconómico de los individuos, Putnam lo convierte en un atributo de la sociedad.

1.2. El familiarismo amoral

Putnam moviliza en complemento de su análisis la noción de “familiarismo amoral”. Ese concepto es utilizado por Edward Banfield (1958) que adhiere a los enfoques culturalistas desarrollados durante los años 1930. En estas perspectivas, todos los individuos de una misma cultura tendrán, ante una situación determinada, la misma reacción o los mismos comportamientos. Por lo tanto, son los valores (interiorizados durante la formación de la



personalidad) que determinan las acciones, y no las condiciones económicas o las relaciones sociales.

El “familiarismo amoral” designa una disposición particular de las personas que, fuera de las relaciones familiares, solo son capaces de desconfianza: las relaciones sociales son imposibilitadas como consecuencia de comportamientos que aspiran a maximizar las ventajas materiales de la familia a corto plazo y de la idea de que todos los demás hacen lo mismo. “Todos los que no forman parte del círculo restringido de la familia son percibidos *a priori* como competidores, y por lo tanto como enemigos potenciales” (Banfield, 1958: 110).

Banfield fundamenta su análisis en el estudio de un pueblo del Sur de Italia, Montegrano (en realidad Chiaromonte), cuyo “retraso” y pobreza son principalmente la consecuencia de los valores que conducen a la incapacidad de desarrollar unas relaciones de confianza. Transpondrá más tarde su análisis a los ghettos norteamericanos y provocará tales controversias que deberá ser protegido por la policía durante sus intervenciones públicas (Lemann, 1996).

2. Los factores que inciden en la democracia

Los trabajos de Putnam, que desembocarán en su teoría del capital social, empiezan en los años 1970 y se refieren a Italia. Italia, donde nuevas regiones administrativas acaban de ser creadas en el marco de la descentralización, ofrece efectivamente un campo ideal para estudiar las diferencias de resultado de las instituciones democráticas. El análisis será presentado en *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy* (Putnam et al, 1993). El mismo año, Putnam publica un corto artículo donde generaliza las conclusiones de la investigación italiana para resituirlas en la perspectiva norteamericana.

Iniciada en los años 1970, la investigación sobre Italia pretende estudiar los determinantes del “éxito institucional” de las nuevas regiones administrativas. Una primera publicación (Putnam et al, 1993) solo concierne a un pequeño número de regiones. Presenta los resultados de un test sobre cuatro explicaciones posibles de las diferencias de éxito entre regiones: 1) el nivel de desarrollo socioeconómico (hipótesis de Aristóteles según la cual para participar en la democracia hay que se capaz de comprender lo que sucede); 2) la orientación de la cultura cívica (hipótesis formulada sobre la base de los trabajos de

Almond y Verba así como de Banfield); 3) las situaciones iniciales y las trayectorias de las regiones; y 4) la estabilidad de la sociedad.

Dado que el método del test es el cálculo de la tasa de correlación entre el resultado institucional y unas variables representativas de estas explicaciones, la medida de unas y otras es crucial. El resultado institucional es medido por un resultado establecido sobre la base de ocho indicadores, que incluyen la estabilidad del gobierno regional (desde la creación de la región), el plazo de establecimiento del presupuesto, la cuantía del gasto realizado, el nivel de implementación de las propuestas presupuestarias, la capacidad de innovación en la puesta en marcha de nuevos servicios, etc.

Las variables explicativas toman, ellas también, la forma de resultados: resultado de desarrollo (que asocia diversos indicadores de niveles y de condiciones de vida), de cultura cívica (participación electoral, lectura de periódicos, tasa de sindicalización) y de estabilidad social (que combina el crecimiento demográfico, las migraciones, los matrimonios entre personas originarias de la misma región). El resultado de cultura política viene en complemento, combinando medidas provenientes de sondeos de opinión tras recibir la sollicitación de los cargos electos, el nivel de confianza en dichos cargos y el clientelismo político. Las regiones están igualmente caracterizadas por su orientación política y/o religiosa.

Al término de estos test, todas las hipótesis, conjuntamente o independientemente unas de otras, son confirmadas, dado que la cultura cívica es la dimensión que tiene el mayor poder explicativo.

2.1. De la cultura cívica al capital social

Diez años más tarde, *Making Democracy Work* presenta los resultados completos de la investigación: el trabajo de campo toma en consideración todas las regiones y los resultados institucionales han sido enriquecidos por cuatro indicadores adicionales, entre los cuales se halla un indicador de reactividad burocrática que mide el tiempo puesto por la administración para contestar a una solicitud de información. Valdrá a los autores unas alabanzas por su creatividad. Asimismo, las variables explicativas han cambiado ligeramente: los resultados de cultura cívica y de cultura política de los trabajos anteriores están agrupados en un resultado único, al que son añadidos unos indicadores de vida asociativa, por ejemplo los coros, los

círculos literarios y los clubes de fútbol.

El enfoque elegido para comprender esta diferencia con respecto al estudio inicial estriba en el hecho de que este proyecto es presentado como una “experiencia natural”: Las diferencias de resultado son estudiadas “como unos botanistas que estudiarían el desarrollo de unas plantas provenientes de semillas genéticamente idénticas, midiendo su crecimiento según los jarros en los cuales han sido plantados” (Putnam et al., 1993: 5-6).

La primera constatación es la de la fuerte oposición de los niveles de resultado gubernamental global de las diferentes regiones. Podría pensarse que esto tiene algo que ver con las diferencias de riqueza, de orientación política, de demografía, de geografía o de trayectoria histórica. Según Putnam, las diferencias observadas son “totalmente inexplicables” por los niveles de desarrollo económico (Putnam et al, 1993: 86).

Asimismo, la oposición entre las regiones es clara en materia de resultado institucional ya que las regiones prósperas, situadas sobre todo en el Norte y en el Centro, son precisamente aquellas donde se observa un fuerte compromiso cívico, y se oponen a las regiones “incívicas” ubicadas en el Sur. La democracia funciona y las instituciones son eficaces en las primeras: “coros, equipos de fútbol, asociaciones abundan, y la mayoría de la gente lee con avidez la prensa regional (...). Confían unos en otros, convencidos de que todos son honestos y respetuosos de la ley” (Putnam et al, 1993: 113-115). Por el contrario, el clientelismo y la corrupción predominan en las segundas: “defección, desconfianza, pereza, explotación, aislamiento, desorden y estagnación se refuerzan mutuamente en un miasma sofocante de círculos viciosos” (Putnam et al, 1993: 177).

¿Cómo explicar semejantes contrastes? La clave es histórica, pero no resulta de la trayectoria sino del punto de partida. La cronología es formal, las regiones ricas eran cívicas antes de ser ricas. El civismo de las regiones del Norte encuentra sus raíces en las redes densas de reciprocidad encarnadas a partir del siglo XI por los gremios, las cofradías, las cooperativas y las asociaciones de vecinos. Las características de los dos modelos ya estaban presentes desde el inicio del siglo XIV, cuando se oponían colaboración, asistencia mutua y sentido cívico en el Norte, y repliegue sobre sí mismo y anarquía latente en el Sur (Putnam et al, 1993: 130).

Posteriormente, la dinámica es un asunto de

círculos virtuosos o viciosos. Los datos solo permiten a los autores volver hasta el siglo XIX, pero es suficiente para deducir de todo ello que estos rasgos regionales han sido conservados a través el tiempo:

“Es en las regiones en las cuales cooperativas y coros se han desarrollado lo más a menudo (...) que se encuentran hoy en día los ciudadanos más deseosos de utilizar sus derechos de ciudadano (...). En el Sur, al contrario, la apatía y los rasgos de antiguos vínculos verticales de clientelismo restringen el compromiso cívico e inhiben el desarrollo de una solidaridad social horizontal” (Putnam et al, 1993: 149).

Putnam y sus colaboradores subrayan en múltiples ocasiones la persistencia “increíble” (*astounding constancy*) de la diferencia Norte-Sur.

2.2. La teoría del desbordamiento

Es sobre la base de estas constataciones que el concepto de capital social es introducido de manera tardía en el último capítulo, mientras que la noción jamás ha sido utilizada anteriormente. De modo que la diferencia esencial entre las regiones cívicas e incívicas estriba en la capacidad de cooperación de los individuos, que se fundamenta en la existencia de redes y de normas de reciprocidad que se desarrollan en su seno y se generalizan: el capital social.

La parte fundamental del argumento adecua el concepto de Coleman en torno a la constatación de la existencia de dos tipos de vínculos sociales: los vínculos horizontales, entre actores iguales, y los vínculos verticales, entre actores cuyos poderes son desiguales, en unas relaciones jerárquicas.

- Las redes de vínculos horizontales, tales como las que se forman en las asociaciones voluntarias (los coros por ejemplo), favorecen la aparición de normas de reciprocidad. La confianza favorece el intercambio, la reciprocidad y el compromiso colectivo, y el éxito de las cooperaciones pasadas refuerza el compromiso colectivo y desarrolla el gusto por la cooperación. La densidad de las asociaciones es suficiente para que estas disposiciones se generalicen por desbordamiento: “Si las asociaciones voluntarias proliferan en la comunidad



cívica, las pertenencias se cruzan y la participación se expande en los múltiples ámbitos de la vida de la comunidad” (Putnam et al, 1993: 183).

- Por el contrario, las estructuras verticales encierran los individuos en unas situaciones en las cuales la explotación mutua y la corrupción son la norma, y los actores siguen estando eternamente animados por su avidez o su interés personal inmediato, creando y manteniendo unos comportamientos egoístas contra los cuales nadie puede elevarse.

La reciprocidad generalizada es una propensión general a hacer un favor al otro por anticipación del servicio que se necesitará un día. Dicho de otra forma, es la propensión a adoptar desde el inicio un comportamiento cooperativo. Esta norma de reciprocidad generalizada permite aproximar intereses individuales e intereses colectivos por una serie de encadenamientos positivos. Putnam y sus colaboradores consideran que, para saber por qué el Norte ha encontrado unas soluciones cooperativas y no el Sur, habrá que esperar los resultados de una investigación profundizada (Putnam et al, 1993: 180). La reciprocidad generalizada o la confianza se convierten en un atributo casi natural de las sociedades y cultural de los individuos.

El deslizamiento con respecto a Coleman es doble: por una parte, mientras que Coleman consideraba las estructuras relacionales fundamentalmente como datos, Putnam insiste en las virtudes de la asociación voluntaria; y, por otra parte, Putnam cambia de escala: mientras que la unidad de análisis de Coleman es la comunidad, Putnam se apoya en la hipótesis del desbordamiento para cambiar de nivel, transponiendo las propiedades de las relaciones entre individuos a una red cuyas propiedades son relacionales entre individuos que pertenecen a varias redes y que se fundan, por lo tanto, en una sola.

Aplaudido en un primer momento por la Asociación norteamericana de ciencias políticas por su originalidad, el libro es un punto de partida de un amplio programa de investigación, titulado *Social Capital and Public Affairs Project*, que se beneficiará de la financiación de las fundaciones Carnegie, Ford y Rockefeller. Será también objeto de varias críticas provenientes de historiadores, sociólogos y politólogos, que cuestionan los resultados, la metodología y subrayan la ausencia de teoría.

3. Las primeras críticas del capital social

Autores tales como Tarrow, Jackman y Miller o Goldberg serán los primeros en subrayar ciertos deslizamientos de la teoría del capital social de Putnam.

3.1. Los deslizamientos de su pensamiento

La crítica más amplia es quizás la que desarrolla Sidney Tarrow (1996), para el cual Putnam no trata lo que pretende abordar. Efectivamente, *Making Democracy Work* no se refiere a la democracia, sino al resultado institucional, sabiendo que éste puede ser bueno o malo independientemente del hecho de que estemos en democracia o no (Tarrow, 1996: 395).

Se produce asimismo un segundo deslizamiento dado que no es cuestión de un análisis histórico, de modo que el método no permita establecer causalidades, puesto que parte de un resultado, la diferencia Norte-Sur, que se convierte entonces en el pivote del análisis. El deslizamiento consiste en interesarse por lo que, en el conjunto de las diferencias entre Norte y Sur, permite explicar la diferencia de resultado para identificar la causa. La causa aparente (el compromiso cívico), es solamente una nueva denominación de la cultura política, según Tarrow. Y esta causa solo emerge gracias al empleo de un indicador cuestionable, dado que no es un dato sino una variable construida, una variable “mágica” dice Nicolas Lemann (1996).

Tarrow observa que ciertos resultados son tan impresionantes que son preocupantes: “Todas las regiones que tienen unos niveles elevados de resultado institucional y de 'comunidad cívica' se encuentran en el Norte y en el Centro; todas aquellas que tienen unos resultados escasos sobre estos dos indicadores se encuentran en el Sur” (Tarrow, 1996: 391).

Otros autores (Jackman y Miller, 1998; Goldberg, 1996) se interesan por la variable dependiente, el indicio de resultado institucional, que no resiste a una comparación detallada de las regiones. De hecho, Putnam no trata detalladamente las diferencias en el seno de las regiones del Norte-Centro o del Sur, porque la fuerte correlación entre resultado institucional y compromiso cívico no se averigua de manera sistemática.

En la misma óptica, Boix y Posner (1996) subrayan que los gobiernos de las regiones italianas constituyen unos tipos muy particulares de “gobierno”, porque su autonomía, excepto en materia de orientación industrial, es muy limitada: no recaudan el

impuesto, y fundamentalmente gestionan los recursos que les son concedidos para implementar las decisiones ya tomadas en Roma. Así, numerosos indicadores de resultado utilizados (número de centros de atención, gastos para la vivienda, clínicas) dependen esencialmente de la dotación financiera concedida a la región por el Estado.

Por tanto, el análisis no es sistemático, y esto se añade a un tratamiento selectivo de la historia, que Putnam utiliza como un depósito de hechos del que solamente conserva aquellos que confirman su teoría, y sobre la base de los cuales generaliza su tesis. La manera expeditiva de sobrevolar los siglos, ignorando la colonización del Sur por los Normandos (en los siglos XI y XII, justamente en el momento de la formación de las raíces antiguas del compromiso cívico) o el periodo fascista, y el tratamiento uniforme de los contextos sociopolíticos, conduce a prestar a unas manifestaciones asociativas diferentes, tanto por su motivación como por su situación histórica (gremios de comerciantes en la Edad Media y clubes de fútbol en el siglo XX), una función y una virtud única. El tratamiento selectivo de los hechos conduce a descuidar también el rol de las condiciones de construcción del Estado, los conflictos políticos y la polarización social, que podrían sin embargo constituir una mejor clave de lectura que el capital social (Levi, 1996; Boix y Posner, 1996).

3.2. La debilidad de su tesis

La otra gran crítica se refiere a la debilidad de su tesis, que no ofrece ninguna explicación a la generalización de los comportamientos cooperativos. Boix y Posner (1996) subrayan que los "círculos virtuosos" solo demuestran la circularidad que va del capital social a las asociaciones y de las asociaciones al capital social (Boix y Posner, 1996; Portes, 1998), sin explicar cómo se pasa de la participación asociativa a la cooperación y de la cooperación al resultado gubernamental.

Putnam considera efectivamente que el acto de asociarse es fundamental y no la razón por la cual se produce. A partir de ahí, no contempla relación alguna entre el motivo de una asociación y sus consecuencias, tanto para los miembros del grupo como para el conjunto de la sociedad, y solo se interesa en cierta medida por el "volumen" asociativo. Pero, la cantidad de asociaciones no es un criterio pertinente para caracterizar una sociedad, porque un gran número de grupos y de asociaciones pueden existir sin por ello tener los mismos objetivos.

De hecho, las personas no se asocian por casualidad y nada permite afirmar que los comportamientos cooperativos observados en un contexto se observarán en todos los contextos, y nada permite afirmar que en los grupos el interés individual desaparece o se confunde con el interés colectivo. Así, Mancur Olson (1971 y 1982) muestra que un actor racional no tiene ninguna razón de actuar espontáneamente para el interés general, porque si el beneficio de una acción es compartido, es más rentable dejar a los demás realizar el esfuerzo. Dado que la vigilancia mutua es más fácil en los grupos de pequeño tamaño, los grandes grupos se enfrentan a comportamientos oportunistas, lo que les conduce a crear incentivos que inducen costes. A nivel agregado, considera que la existencia de grandes grupos, estables y organizados, conduce a una esclerosis de la sociedad, ya que cada grupo se aprovecha de los beneficios de los demás. Las divergencias de intereses entre grupos conducen a una sociedad cada vez más dividida y a una menor eficacia global.

El análisis de Olson muestra hasta qué punto el de Putnam, con su teoría del desbordamiento, se priva de la posibilidad de tener en cuenta unas interacciones, no tanto en el seno de los grupos, sino entre los grupos, mientras que esta toma en consideración es indispensable para vincular los niveles micro, meso y macro en los cuales se sitúa alternativamente pero sin articularlos.

Al final, *Making Democracy Work* es profundamente cuestionado dado que cada etapa del razonamiento desemboca en nuevas preguntas que quedan sin respuesta: ¿Por qué un comportamiento cooperativo en un contexto lo sería sistemáticamente en otro? ¿Por qué de la participación a un tipo cualquiera de asociación, pero sobre todo a las asociaciones con finalidad recreativa (coros, sociedades de lectura o clubes de fútbol), desembocaría una participación superior a la vida política? ¿En qué medida un alto nivel de compromiso cívico repercute efectivamente en demandas y sanciones hacia el gobierno? ¿Cómo integrar los intereses particulares de ciertos grupos? Por último, ¿si las raíces del capital social (o de la virtud cívica) son tan profundas, si el capital social es un atributo casi exógeno de una sociedad, cómo ha podido erosionarse en Estados Unidos brutalmente?

4. El declive del capital social en Estados Unidos

Simultáneamente, Putnam publica un corto artículo titulado *The prosperous community*.



Social capital and public life (1993), que divulga y generaliza los resultados de su estudio sobre Italia. Es el texto intermedio entre *Making Democracy Work* y *Bowling alone*. Putnam empieza por una definición del capital social, que será estable hasta el año 2000:

“Por analogía con las nociones de capital físico y de capital humano (los instrumentos de aprendizaje que mejoran la productividad de los individuos), el capital social alude a las características de la organización social, tales como las redes, las normas y la confianza, que facilitan la coordinación y la cooperación para un beneficio mutuo” (Putnam, 1993: 36).

La conclusión del estudio italiano es el siguiente: “es más fácil trabajar juntos en una comunidad dotada de un *stock* sustancial de capital social” (Putnam, 1993: 36). Dicho de otra forma, la reciprocidad generalizada es más eficaz que la desconfianza:

“Esta idea resulta poderosa en las implicaciones prácticas que puede tener para múltiples cuestiones a propósito de los Estados Unidos (de la manera de superar la pobreza y la violencia en los barrios del Sur de Los Ángeles a la reactivación de la industria en la zona de los Grandes Lagos) o frente a las dificultades de las democracias nacientes en el antiguo imperio soviético, o para lo que se denomina el Tercer Mundo” (Putnam, 1993: 38-39).

En cuanto a los Estados Unidos, la violencia urbana diagnosticada como un resultado de la erosión del capital social ofrece un buen ejemplo y prueba de ello: los jóvenes de los ghettos caen en la delincuencia, mientras que, al contrario, los jóvenes que viven en barrios dotados de un alto nivel de capital social abandonan menos frecuentemente la escuela, encuentran más fácilmente un empleo y evitan lo más a menudo las drogas, la delincuencia y los embarazos prematuros. El declive del capital social genera, por lo tanto, graves problemas, y Putnam subraya que no concierne solamente a los barrios difíciles: los sondeos de opinión muestran efectivamente que el declive de la confianza se constata por todas partes.

Si reconoce que las razones del declive están por aclarar (efectos de generación, movilidad

geográfica, pluriempleo de los padres, llamamiento al mercado o al Estado de Bienestar allá donde anteriormente se recurría a la ayuda mutua entre vecinos), sugiere sin embargo la necesidad de reorientar las políticas públicas, valorándolas en función de su efecto sobre el capital social. Por ejemplo, si está demostrado que los propietarios tienen una mayor propensión al compromiso cívico que los inquilinos, es preciso reorientar la política de vivienda en consecuencia.

Si no es favorable a un no-intervencionismo generalizado, piensa que el *top-down* está condenado al fracaso, ya que solamente el *bottom-up* es eficaz: los políticos solo consiguen el éxito si la base (los *grass-root organizations*) está motivada y movilizada. Por lo tanto, es necesario que la acción pública apoye el desarrollo de las comunidades, “las organizaciones religiosas, los coros y las ligas locales (de *bowling*), incluso si parecen mantener poca relación con la política o la economía” (Putnam, 1993: 41). Así, el nivel del capital social debe convertirse en un objetivo central de las políticas públicas, y solamente esta perspectiva permitirá superar los debates ideológicos, que considera anticuados, frente a las cuestiones urgentes. Así, se lanza en el discurso del declive y en la promoción del capital social como solución.

4.1. Las razones y modalidades del declive

El libro *Bowling alone: America's declining social capital*, publicado en 1995, no añade gran cosa al artículo de 1993. La tesis es reafirmada, en una formulación que constituye sin duda su expresión más acabada: “Por numerosas razones, la vida es más fácil en una comunidad dotada de un *stock* sustancial de capital social” (Putnam, 1995a: 67). Más fácil porque, en las sociedades en las cuales se han desarrollado unas normas de reciprocidad generalizada, las tentaciones son menores y la atención es facilitada.

Pero, la parte fundamental del artículo es dedicada a la descripción cifrada del declive. Este empieza en los años 1970 y se manifiesta así: los norteamericanos votan menos, se interesan menos por la vida política, la participación religiosa disminuye, la tasa de sindicalización baja, así como la participación en la poderosa *Parent-Teachers Association*, las mujeres participan menos en los grupos y clubes de mujeres, hay menos boy-scouts, menos voluntarios en la Cruz Roja y menos miembros de diversas cofradías, los vínculos familiares se

relajan y los norteamericanos confían menos unos en otros. Y si un número cada vez superior practica el bowling (+10% entre 1980 y 1993), van solos, dado que el número de afiliados a una liga ha bajado del 40%.

No obstante, existen contra-tendencias, tales como las nuevas formas de acción colectiva (por ejemplo la recogida de firmas), las fundaciones (con objetivos específicos en los ámbitos de la cultura, la salud, etc.), los grupos de apoyo a las personas (mujeres víctimas de violencia de género, alcohólicos anónimos, etc.).

Aunque estos datos merezcan reflexión, Putnam no está dispuesto a concederles el rango de productores de capital social. Excepto en los grupos de apoyo, las personas no se encuentran en situaciones de cara-a-cara: son asociaciones de firmas y de talonario, y no de individuos. Pero, lo que importa ante todo es el cara-a-cara. El capital social se beneficia más de un club de fútbol que de la defensa de los derechos humanos o del medio ambiente. E incluso los grupos de apoyo (a los que cerca del 40% de los norteamericanos adhieren) no juegan, según Putnam, un rol comparable al de los grupos de ciudadanos más tradicionales, porque los individuos acuden con un objetivo preciso. Para crear capital social, el cara-a-cara es indispensable y no una motivación particular ni unos objetivos colectivos.

Dado que el declive está demostrado, hace falta explicarlo. Putnam propone varias pistas: 1) la inserción de las mujeres en el mercado laboral, que explicaría el declive de las asociaciones de padres, de los grupos de mujeres y de los voluntarios de la Cruz Roja; 2) la movilidad geográfica creciente, puesto que “la movilidad tiene cierta tendencia a dificultar la formación de raíces” (Putnam, 1995a: 75); 3) otros cambios demográficos, ya que se producen menos bodas, más divorcios, se tienen menos hijos, se debilita el poder adquisitivo y la sustitución de los pequeños comercios por los supermercados, y posteriormente de los supermercados por el e-comercio; y 4) las transformaciones tecnológicas del ocio con la privatización e individualización, por causa de la televisión y del video, que han sustituido las visitas a los vecinos, a la familia y a los amigos.

¿Qué se puede hacer ante esta situación? El programa implícito sería prohibir el trabajo de las mujeres, las reestructuraciones, las mudanzas y la televisión. Putnam no propone medidas tan radicales, sino que sugiere proseguir la investigación que terminará en 2000 con la publicación de otro libro titulado

The Collapse and Revival of American Community.

Mientras tanto, reafirma sus tesis en dos versiones de un mismo artículo (Putnam, 1995b y 1996), sobre el modelo de la investigación policiaca: ¿Cómo resolver el misterio del capital social evaporado? La lista de los sospechosos se alarga: el envejecimiento y la desaparición progresiva de las generaciones que han hecho la guerra (la *civic-minded WWII generation*), sabiendo que estaban más atraídos por el civismo y la práctica religiosa; la movilidad residencial; el cambio del rol de la mujer, y especialmente el desarrollo del trabajo femenino y del número de parejas bi-activas; la fragilización de los lazos familiares y la crisis del matrimonio; los cambios tecnológicos, así como la presión del tiempo, del dinero y las dificultades económicas; la extensión de los suburbios; el desarrollo de las políticas sociales y del *welfare*; el éxito del movimiento de los derechos cívicos; la crisis de los años 1960, incluyendo el Vietnam, el Watergate y la “revuelta contra la autoridad”. De “sospechosas”, todas estas explicaciones pasan a ser “cómplices”, porque el culpable es la televisión. ¿Qué soluciones? Proseguir con la investigación, y, a la espera de que aporte todas las aclaraciones necesarias, privilegiar las políticas públicas que favorecen el capital social.

La investigación proseguirá, pero la popularidad creciente de las tesis de Putnam se acompañará de un incremento de las críticas.

5. Nuevas críticas dirigidas a Robert Putnam

Putnam será igualmente cuestionado por la escasa articulación, la confusión, la ambigüedad y la circularidad del concepto de capital social.

5.1. Confusión y circularidad del concepto

De nuevo, historiadores, politólogos, sociólogos y economistas se interrogan y se extrañan de la debilidad de las tesis de Putnam, y de la escasa articulación del concepto de capital social. Están sorprendidos también por la facilidad con la cual el discurso es aceptado: “No menos intrigante que la teoría de Robert Putnam según la cual vamos solos al *bowling* (...), es la rapidez con la cual esta teoría ha sido aceptada” (Lemann, 1996).

Steven Durlauf no dice otra cosa cuando escribe:

“Si mis reservas sobre *Bowling alone* y, por consiguiente, sobre la literatura en la que ha desembocado están justificadas,



una cuestión interesante es entonces comprender por qué la idea ha conseguido semejante éxito en las comunidades académicas y políticas, sin hablar del éxito mediático” (Durlauf, 1999: 20).

Otros autores se preguntan sobre el declive del capital social, entre los cuales se encuentran Lemann (1996), Everett Ladd (1996, 1998 y 1999), Michael Schudson (1996), Debra Minkoff (1997) o Pamela Paxton (1999). Las reticencias conciernen la realidad del declive, los datos utilizados por Putnam, la confusión entre declive y cambio en las modalidades del compromiso cívico.

A su vez, Alejandro Portes y Patricia Landolt (1996) se interrogan sobre la pertinencia del concepto de capital social:

“En su búsqueda de ideas nuevas, los intelectuales y los decisores políticos, todas tendencias confundidas, han estado encantados por el concepto de capital social. El consenso implícito es que el capital social es importante porque permite resolver los dilemas de la acción colectiva y trabajar conjuntamente. Las razones por las cuales es así siguen siendo todavía poco claras. En realidad, cuando el capital social es celebrado para una lista creciente de efectos maravillosos, carece de sentido”.

El capital social es atacado principalmente bajo dos ángulos: por una parte, sobre la ambigüedad y la circularidad a las que conduce la definición esencialmente funcionalista del concepto, y, por otra parte, sobre su carácter implícitamente “bueno”, de la que desembocaría lógicamente la necesidad de tener un *stock* elevado de capital social y de favorecer su producción (Foley y Edwards, 1997).

Además, la definición de Putnam crea una confusión conceptual aglutinando indiferentemente redes, normas y valores, es decir, por un lado, comportamientos objetivos (la participación asociativa) y, por otro lado, fenómenos subjetivos (las normas y valores compartidos, resumidas en la confianza y en la reciprocidad generalizada).

No obstante, si se quiere comprender la naturaleza y el origen del capital social, es importante mantener teóricamente separadas las prácticas y las percepciones; más aún sabiendo que si la participación y la confianza parecen estar vinculadas, esto no significa que mantengan una relación de causa a efecto.

Kenneth Newton (1997: 577) se pregunta si se debe considerar que son las redes sociales las que generan la confianza o si, al contrario, es la confianza la que posibilita el desarrollo de las redes. Esta cuestión es ilustrada por la tesis de Fukuyama, que postula un esquema que va de la confianza a las asociaciones (y a los resultados económicos) exactamente a la inversa de la tesis de Putnam.

Asimismo, el análisis centrado en los efectos positivos del capital social descuida el estudio de los aspectos negativos (el *downside*). Tanto Portes (1998) como Durlauf (1999) recuerdan que el capital social tiene también un potencial negativo: los vínculos entre los miembros de una comunidad pueden constituir unas barreras a la entrada para los no-miembros; los grupos que se construyen sobre unos criterios discriminatorios pueden crear o reforzar unos fenómenos de hostilidad intergrupala; el recurso sistemático a algunos miembros de un grupo para ayudar los demás puede tener unos efectos contraproducentes; por último, el control social intragrupal, la conformación a las normas puede conllevar una pérdida de libertad o de autonomía, hasta prohibir a los miembros que lo desearían salir del grupo, incluso si esto les permitiría mejorar su situación. El capital social puede convertirse entonces en un refugio que encierra, especialmente en el caso de grupos que se constituyen sobre la base del rechazo como único proyecto colectivo.

Por último, Portes (1998: 22) se muestra preocupado por una celebración sin matices de las supuestas “virtudes” de la comunidad y de los valores sobre los cuales se constituye. Es comprensible en la esfera política pero no en el ámbito de las ciencias sociales. Y, sobre todo, si considera que buena parte del éxito de Putnam estriba en el hecho de que su discurso genera verdaderas cuestiones, subraya que hay pocas razones para pensar que ha aportado respuestas sin peligro, retomando aquí un elemento de la crítica formulaba anteriormente: “El estiramiento del concepto no desemboca solamente en unas declaraciones corrientes y circulares, en sí mismas anodinas, sino en unas recomendaciones para las políticas públicas que pueden ser peligrosas” (Portes y Landolt, 1996).

5.2. Las ambigüedades del discurso

Numerosos autores subrayan también la ambivalencia y la ambigüedad política del propósito de Putnam, que presenta una explicación fácil, exógena y una solución simple y poco costosa a unos problemas profundos: sería

suficiente animar las iniciativas locales para reactivar la comunidad.

Para Lemann (1996), “Bowling Alone aborda una cuestión crucial al ofrecer una teoría coherente para explicar (...) un sentimiento difuso de deterioro de la calidad de nuestra sociedad percibida en la vida de todos los días. (...) Sus resultados sugieren la posibilidad de resolver nuestros problemas a un coste relativamente bajo, apoyando el desarrollo de iniciativas locales que no requieren un impuesto adicional”. Lemann insiste especialmente en el problema político que el enfoque de Putnam permite evitar: considerando que el malestar social es general, dado que afecta a la mayor parte de la clase media y media-superior, evita poner el énfasis en los ghettos étnicos y en las zonas urbanas de pobreza. El discurso de Putnam no plantea jamás la cuestión del acceso desigual y del valor desigual del capital social en la sociedad norteamericana.

En realidad, el acceso al capital social es diferente entre los individuos, dependiendo a la vez de los contextos locales, de sus recursos financieros y de su nivel de educación. Su valor, la de los recursos que procura, depende del nivel socioeconómico del que dispone: estar conectado a los demás no procura empleo en una región de desempleo masivo. Edwards y Foley (1997) subrayan dos omisiones notables en el análisis de Putnam: no menciona jamás las reestructuraciones económicas ni el desmantelamiento del *welfare state* a partir de los años 1980, que son los factores explicativos de los profundos cambios acontecidos en las condiciones de vida al final del siglo XX. Su diagnóstico se aleja notablemente del de Putnam:

“La fragmentación de las estructuras familiares y la inestabilidad de las comunidades (...) no tienen tanto que ver con una falta de civismo y de valores morales como de una combinación de precariedad económica, de estructuras sociales débiles características de una sociedad muy móvil, relativamente alejada de la de los pioneros” (Edwards y Foley, 1997: 675).

La historiadora Theda Skocpol (1996) plantea, igualmente, la cuestión de la causalidad entre democracia y capital social. A su entender, Putnam se equivoca de explicación, desconectando la evolución del capital social de la historia política y adoptando una visión

romántica del origen de las grandes asociaciones de los que deplora el declive, que considera fundadas por algunos ciudadanos motivados (*bottom-up*), mientras que eran fomentadas por el gobierno federal (*top-down*).

Edwards y Foley desarrollan un análisis paralelo, vinculando el declive del interés de los norteamericanos para los asuntos públicos al retiro del Estado en materia de acción social, abandonada a múltiples agencias locales puestas en competencia unas con otras. En total, la fuente del malestar social debería buscarse en las reestructuraciones industriales y en el retroceso de las políticas públicas y no en el declive del capital social y el consumo abusivo de televisión.

5.3. La tentación retórica

A su vez, conviene observar que Putnam solo concede un escaso lugar a la explicación de los mecanismos a través de los cuales el *stock* de capital social produce buenos resultados. Asociando las diferentes etapas del razonamiento, consigue el siguiente esquema:

- Los individuos se asocian voluntariamente pero no con un objetivo interesado, en el sentido económico de la palabra. Esta primera etapa de relaciones repetidas (preferentemente de cara-a-cara) permite un aprendizaje de la reciprocidad de orden local.
- La experiencia de la cooperación y de los beneficios que resultan cambian la percepción que los individuos tienen de ellos mismos en la sociedad y modifica sus preferencias. Como lo decía Putnam en el primer *Bowling Alone*: “ampliando el *yo* al *nosotros* o, en el lenguaje de la teoría de las elecciones racionales, reforzando el gusto de los participantes por los beneficios colectivos” (Putnam, 1995a: 3).
- Este gusto se generaliza por desbordamiento si hay una densidad suficientemente elevada de asociaciones. Tenemos aquí una síntesis del “interés bien entendido” de Tocqueville, del dilema del prisionero, y, en cierta medida, de la teoría de la adicción racional.

Hace falta una etapa: la que explicaría por qué los individuos que no se conocen y no confían mutuamente *a priori* mantendrían relaciones regulares. Efectivamente, Putnam no explica jamás, a pesar de su insistencia sobre el rol de las asociaciones voluntarias, sobre qué bases se



forman las asociaciones. ¿Por qué las personas que no confían mutuamente o que no tienen un objetivo común decidirían asociarse?

Hay una carencia (que no está heredada de Tocqueville para el cual la asociación resulta de la comunidad de ideas o de la necesidad) que condiciona todo el edificio. ¿Cómo, mientras que no identifica los mecanismos efectivamente operativos, retirar de su enfoque unas conclusiones útiles para una perspectiva operativa? La ausencia de hipótesis teórica sobre las relaciones entre el capital social y los resultados que le son atribuidos se paga finalmente por la imposibilidad de explicar las tendencias del capital social de otra forma que no sea por unos factores exógenos como la desaparición progresiva de la generación cívica de la posguerra o la generalización de la televisión.

El *Bowling Alone* de 2000 generará igualmente una serie de críticas proveniente sobre todo de los economistas. Conviene subrayar que, mientras tanto, la temática ha tomado cierta amplitud, especialmente en el Banco Mundial y la OCDE, a pesar de la acumulación de duras críticas. Durlauf (2002) deplora la imprecisión conceptual, especialmente el uso indiferenciado de nociones (reciprocidad, confianza, información) que hacen referencia a fenómenos muy diferentes, así como la falta de rigor. Estos problemas son sintomáticos del conjunto de la literatura sobre el capital social. “La retórica toma a menudo el paso sobre la lógica (...). No hay un marco analítico en el cual podemos evaluar la afirmación según la cual las diversas tendencias aparentes están vinculadas” (Sobel 2002: 140).

Recordando las críticas de Portes (1998) sobre la circularidad del razonamiento, que denomina “problema genérico del capital social”, Durlauf insiste en la debilidad del análisis, que se sitúa muy por debajo de las perspectivas robustas que podemos encontrar en la teoría de los juegos, que permite distinguir claramente reciprocidad y confianza. El comportamiento cooperativo que resulta de juegos repetidos es coherente con un enfoque estándar en términos de interés personal y de utilidad, y puede ser leído como una forma de reciprocidad generalizada entre agentes egoístas, mientras que la confianza es una actitud cooperativa que no necesita incentivos.

Eric Uslaner (2002) muestra que los mecanismos a los que alude Putnam para explicar la formación de la confianza generalizada son precisamente los que desembocan en una confianza “especializada” y

no en una confianza generalizada. ¿La confianza es moral e insensible a la experiencia, o resulta de un contexto propicio a la vigilancia mutua? ¿El capital social se fundamenta en unas solidaridades de clase, en los valores interiorizados, en las sanciones creíbles, en una racionalidad instrumental? (Portes y Sensenbrenner, 1993).

5.4. Unos indicadores cuestionables

Si el capital social hace referencia a las redes sociales, a las normas y a la confianza, conviene elegir uno o dos de estos elementos para medirlo. Pero, ¿cómo proceder? Partha Dasgupta (1999: 327) subraya la dificultad de esta operación de la siguiente forma:

“El capital social (tal y como está definido por Putnam) es atractivo, pero sufre de una gran debilidad: la definición conduce a confundir elementos inconmensurables, es decir las creencias, unas reglas de comportamiento y unas formas variadas de posesión, tales como las redes informales (sin dar el más mínimo indicio de la manera según la cual conviene amalgamarlas)” (Dasgupta, 1999: 327).

Precisamente, el ítem de Putnam los confunde, dado que calcula la media para cada Estado norteamericano, de los valores estandarizados de catorce indicadores sobre los cuales no ofrece ninguna justificación precisa, como si su pertinencia y coherencia con su concepto de capital social fuesen evidentes.

En estadística, ese tipo de variables es empleado para dar cuenta de una variable latente, no directamente observable, y cuyos ítems deben dar cuenta. La validez de la medida así obtenida se fundamenta en varios criterios: los ítems deben ser pertinentes, deben estar suficientemente correlacionados cuando se consideran conjuntamente, y cada uno debe estar suficientemente correlacionado con el resultado global. Si el ítem de Putnam supera alegremente los test de correlación, esto no valida la lista de los ítems, que resulta de una elección. Como el valor del resultado es crucial y depende de los ítems elegidos para el cálculo, la utilización de variantes, que muestran que se puede llegar con diferentes variables admisibles a las mismas conclusiones cualitativas, hubiese sido más convincente si el ítem elegido fuese incuestionable.

Las carencias del planteamiento de Putnam tienen igualmente otros orígenes.

- El primer lugar, Putnam utiliza indicadores provenientes de encuestas individuales y de datos agregados, de forma que mezcla dos tipos de datos sin aclarar las razones que le han conducido a asociar estos elementos.
- En segundo lugar, procede a diferentes medidas de la participación. Si, como lo afirma Putnam, el hecho de asociarse es determinante, una medida es suficiente, como por ejemplo la proporción de personas miembros de una asociación, sea cual sea la entidad (organización local, club deportivo o grupo) y sea cual sea la intensidad o la naturaleza (cargo, voluntariado o simple afiliado) de su participación. De hecho, la acumulación de indicadores que miden la misma cosa conduce a darle un peso preponderante en el resultado final.
- En tercer lugar, es preciso preguntarse sobre los vínculos de causalidad entre los ítems. Esta cuestión, que resulta de la dificultad de distinguir las causas y los efectos del capital social, concierne especialmente la inclusión de indicadores, a propósito de los cuales la teoría de Putnam sugiere que están vinculados por una relación causal. Por ejemplo, si la confianza resulta de la sociabilidad y de la participación asociativa, su inclusión supone integrar en el mismo ítem la causa y el efecto.

No obstante, ese ítem permite a Putnam obtener un mapa edificante de los Estados Unidos (Putnam, 2000: 293) que opone el Norte (mejor dicho el Oeste) al Sur (mejor dicho el Este).

En los capítulos siguientes, en los que declina los efectos benéficos del capital social en los diferentes ámbitos, el ítem está fuertemente correlacionado con las condiciones deseables que el capital social generaría. Conviene subrayar que el ítem utilizado a lo largo de la demostración, es decir los efectos benéficos de un capital social medio, Estado por Estado, elude la cuestión de un posible reparto desigual de ese *stock* en un mismo Estado. Enfrentando unas medias a otras, es imposible averiguar si tanto el capital social como sus resultados benéficos se concentran en fracciones determinadas de la población. A su vez, es posible que tanto el *stock* como los resultados dependan del contexto político y económico.

6. La respuesta de Putnam a estas críticas

A pesar de las críticas recibidas y de las escasas modificaciones introducidas en su teoría del capital social, la obra de Putnam goza de buena

salud. De hecho, gracias a una campaña de comunicación llevada a cabo con gran maestría y al apoyo de importantes empresas, Putnam consigue difundir sus tesis hasta el punto de ser interiorizadas por organismos internacionales.

6.1. Escasas modificaciones de su teoría

A la definición del capital social, estable durante los años 1990, muy inspirada en la de Coleman, Putnam aporta unas revisiones. Dirá más tarde que ha acabado por alejarse de la concepción de Coleman porque, “para Coleman, las redes sociales y las normas solo pueden tener efectos positivos” (Putnam, 2000: 63). No en vano, Coleman alertaba sobre los posibles efectos negativos del capital social. Sea cual sea sus razones, la definición de Putnam ha evolucionado:

“Mientras que el capital físico alude a unos objetos físicos y el capital humano a las propiedades del individuo, el capital social hace referencia a las conexiones entre los individuos -las redes sociales y las normas de reciprocidad y de honestidad de resultan de todo ello. En este sentido, el capital social está estrechamente vinculado a lo que algunos denominan 'virtud cívica', a diferencia del capital social que pone el énfasis en el hecho de que la virtud cívica tiene más poder si se manifiesta en el contexto de una red densa de relaciones sociales de reciprocidad” (Putnam, 2000: 19).

Así, el capital social es a la vez recentrado en las redes y anclado en la cultura cívica.

Además, Putnam introduce los términos *bonding* y *bridging*, para distinguir dos tipos de capital social. El capital social *bonding* (un *bond* es un vínculo fuerte, con una dimensión afectiva) está asociado a la reciprocidad específica y a la solidaridad, mientras que el capital social *bridging* el que permite poner en contacto diferentes redes (volvemos a encontrar la idea de los 'vínculos débiles' de Granovetter y los 'agujeros estructurales' de Burt) y de difundir la información. Putnam retoma la fórmula de Xavier de Souza-Briggs del Banco Mundial: el capital social *bonding* permite hacer frente o “hacer con” (*getting by*) y el *bridging* permite avanzar (*getting ahead*). El capital social *bonding* crea un fuerte sentimiento de pertenencia, que puede igualmente crear un fuerte antagonismo con los no-miembros (Portes y Landolt, 1996; Portes, 1998; Durlauf, 1999).



La última innovación estriba en la construcción de un índice sintético del *stock* de capital social. La teoría, sin embargo, no ha cambiado: si una sociedad A consigue mejores resultados que una sociedad B (menor criminalidad, mejor salud, mejores resultados escolares, mejores indicadores económicos, mejor gobernanza y mayor felicidad), entonces es que la sociedad A está dotada de un *stock* de capital social superior al de la sociedad B. Lo que el índice permite mostrar a partir de una comparación entre los Estados norteamericanos.

6.2. Influencia creciente de su obra

Durante ese periodo, Putnam se ha convertido en el experto oficial en capital social del Banco Mundial y de la OCDE. Con el gran proyecto del segundo *Bowling Alone*, le investigación ha tomado la dimensión de una verdadera empresa. Putnam cuenta su historia, en la advertencia final del libro (Putnam, 2000: 505). Menciona también los principales miembros de un equipo que contará hasta cincuenta investigadores, la "General Motors de la investigación académica" como lo denominará uno de sus miembros (Leigh, 2002). El mismo subraya que, al término de su año de participación en el proyecto, estaba completamente de acuerdo con el diagnóstico de Putnam: el declive del capital social se debe a la renovación de las generaciones, al desarrollo del trabajo femenino, a la expansión urbana y al desarrollo de los suburbios que suponen unos tiempos de transporte elevados, y el exceso de televisión.

La promoción toma igualmente otra dimensión, con la creación de la página internet bowlingalone.com y de un seminario virtual, el *Saguaro Seminar*, donde los participantes hablan de sus experiencias de cara a restaurar el capital social. Una página asociada, bettertogether.org, es creada, y todo ello desemboca en 2003 en una obra, *Better Together*, que registra los esfuerzos realizados y los signos de reaparición del capital social en Estados Unidos.

7. Conclusión

En definitiva, conviene recordar que Robert Putnam entiende el capital social como el conjunto de factores intangibles (valores, normas, actitudes, confianza y redes) que se encuentran dentro de una comunidad y que facilitan la coordinación y la cooperación para obtener beneficios mutuos. El punto de vista de Putnam revela la vinculación empírica de redes y normas, y la influencia del asociacionismo y de la

participación cívica en el desarrollo económico y la cohesión social. Este autor centra la definición del capital social en el compromiso cívico y en la participación en asociaciones de tipo horizontal y poco jerarquizado (clubes, iglesias, asociación de padres). El asociacionismo genera normas de reciprocidad e información que desemboca en la articulación de elementos de colaboración.

La idea central del capital social es sencilla: las redes sociales son muy importantes dado que poseen valor para quienes se hallan en ellas. El desarrollo de una región está directamente asociado a la forma de organización social y relaciones cívicas que experimenta ese entorno. Putnam estudia las diferencias existentes en el desarrollo de las distintas regiones en el Norte y el Sur de Italia, y llega a la conclusión de que estas diferencias se correlacionaban con un determinado nivel de asociacionismo.

En su libro *Bowling alone* Putnam trata de demostrar la disminución del capital social en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo veinte. Realiza un análisis de la participación política, del asociacionismo, del voluntariado, de los lazos informales, de la implicación en diversos grupos, etc. Aprecia un descenso en la afiliación y participación en las asociaciones voluntarias. Recoge en este libro algunas reflexiones sobre el cambio social que se han producido en el siglo XX en Estados Unidos y repasa las tendencias respecto al concepto de capital social en la sociedad norteamericana. Putnam defiende como idea central del capital social el que las redes sociales poseen un valor, es decir que los contactos sociales afectan a la productividad de individuos y grupos. Por lo tanto, el capital social guarda relación con los vínculos entre los individuos, sabiendo que las redes sociales y las normas de reciprocidad se derivan de ellas. Estos vínculos sociales también son importantes por las normas de conducta que sustentan.

Putnam diferencia el concepto de capital social de la llamada "virtud cívica" en el hecho de que, para el capital social, la virtud cívica posee su mayor fuerza cuando está enmarcada en una red densa de relaciones sociales recíprocas. Las redes de compromiso comunitario fomentan normas sólidas de reciprocidad, que será más valiosa si se trata de una norma de reciprocidad generalizada. De hecho Putnam asegura que una sociedad caracterizada por la reciprocidad generalizada es más eficiente que otra desconfiada. El compromiso cívico y el capital social suponen una obligación mutua para actuar. El capital social, las redes sociales y las

normas de reciprocidad concomitantes aparecen en formas y tamaños muy diferentes para muchos usos distintos.

De los aspectos más destacados por Putnam en cuanto a la variedad del capital social, es preciso resaltar la distinción entre el capital social que tiende puentes o es inclusivo (derecho civiles) y el vinculante o exclusivo (grupo étnico). Ciertas formas de capital social, por elección o por necesidad, tienden a reforzar las identidades excelentes y los grupos homogéneos. El capital social vinculante es propicio para consolidar la reciprocidad específica y activar la solidaridad. Mientras que hay otras redes que miran hacia fuera, establecen vínculos con enlaces externos, acogen a personas de diferentes categorías sociales, y, por lo tanto, tienden puentes y permiten generar identidades y reciprocidades más amplias.

Ante la falta de indicadores sobre la evolución de estas formas de capital social a lo largo del tiempo, y teniendo en cuenta la amplitud en tamaño y en formas del compromiso cívico, Putnam busca un abanico de pruebas lo más diversa posible abarcando los diferentes sectores de una sociedad compleja. Putnam empieza así por tratar de analizar las tendencias en el compromiso cívico y en el capital social, incluyendo en este apartado, la participación política, la participación cívica, la participación religiosa, los vínculos laborales, los vínculos sociales informales, los modelos de altruismo, el voluntariado y la filantropía, y, por último, los grupos pequeños, los movimientos sociales e Internet.

No en vano, la teoría del capital social de Robert Putnam ha sido objeto de numerosas críticas que podríamos resumir de la siguiente forma:

- Para Tarrow, Putnam no trata lo que pretende abordar, ya que *Making Democracy Work* no se refiere a la democracia, sino al resultado institucional, sabiendo que éste puede ser bueno o malo independientemente del hecho de que estemos en democracia o no.
- Putnam realiza un análisis histórico retrospectivo a partir de un resultado definido: la diferencia entre el Norte y el Sur de Italia, imputando esa diferencia al capital social. Esto lo conduce a seleccionar los elementos que confirman su tesis, descuidando los datos que pudiesen demostrar lo contrario.
- Tanto Jackman y Miller como Goldberg demuestran que un análisis detallado de las regiones italianas permite cuestionar la importancia de la variable independiente: el capital social. Putnam no trata más detalladamente las diferencias en el seno de las regiones del Norte o del Sur, porque la fuerte correlación entre resultado institucional y compromiso cívico no se averigua de manera sistemática.
- La tesis de Putnam no ofrece ninguna explicación a la generalización de los comportamientos cooperativos. Boix y Posner subrayan que los “círculos virtuosos” solo demuestran la circularidad que va del capital social a las asociaciones y de las asociaciones al capital social, sin explicar cómo se pasa de la participación asociativa a la cooperación y de la cooperación al resultado gubernamental.
- El análisis de Olson muestra hasta qué punto el de Putnam, con su teoría del desbordamiento, se priva de la posibilidad de tener en cuenta las interacciones, no tanto en el seno de los grupos, sino entre los grupos, mientras que esta toma en consideración es indispensable para vincular los niveles micro, meso y macro en los cuales se sitúa alternativamente pero sin articularlos.
- Putnam confunde a menudo cambio y declive en las modalidades del compromiso cívico, lo que le conduce a realizar afirmaciones cuestionables.
- El capital social de Putnam es atacado desde dos perspectivas: 1) la ambigüedad y circularidad a las que conduce la definición esencialmente funcionalista del concepto, y 2) su carácter implícitamente “bueno”, de la que desembocaría lógicamente la necesidad de tener un *stock* elevado de capital social y de favorecer su producción.
- La definición del capital social de Putnam aglutina indiferentemente redes, normas y valores, es decir, por un lado, comportamientos objetivos (la participación asociativa) y, por otro lado, fenómenos subjetivos (las normas y valores compartidos, resumidas en la confianza y en la reciprocidad generalizada).
- Numerosos autores subrayan también la ambigüedad política del propósito de Putnam, que presenta una explicación fácil, exógena y una solución simple y poco costosa a unos problemas profundos: sería suficiente animar las iniciativas locales para reactivar la comunidad.



- Recordando las críticas de Portes sobre la circularidad del razonamiento, que denomina “problema genérico con el capital social”, Durlauf insiste en la debilidad del análisis, que se sitúa muy por debajo de las perspectivas robustas que encontramos en la teoría de los juegos, que permite distinguir claramente reciprocidad y confianza.
- Por último, Putnam hace un uso arbitrario de ciertos indicadores a la hora de medir el capital social, asocia datos provenientes de encuestas individuales y de datos agregados, procede a diferentes medidas de la participación y no se pregunta sobre los vínculos de causalidad entre los ítems.

Bibliografía

- Almond, G.A. y Verba, S. *The Civic Culture*. Princeton: Princeton University Press, 1963.
- Banfield, E.C. *The Moral Basis of a Backward Society*. Chicago: The Free Press, Glencoe/Research Center in Economic Development and Cultural Change, University of Chicago.
- Boix, C. y Posner, D.N. “Making social capital work: a review of Robert Putnam's Making Democracy Work”. *Harvard-CFIA Working Paper*, n°96-4 (1996).
- Bourdieu, P. “Le capital social: notes provisoires”. *Actes de la recherches en sciences sociales*, n°31 (1980): 2-3.
- Coleman, J. *Foundations of Social Theory*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press.
- Dasgupta, P. “Economic progress and the idea of social capital”, in Dasgupta, P. y Serageldin, I. (dir.). *Social Capital: A Multifaceted Perspective*. World Bank: Washington, pp.325-401.
- Durlauf, S.N. “The case against social capital”. *Focus*, vol.20, n°3 (1999): 1-5.
- Durlauf, S.N. “Bowling alone: a review essay”. *Journal of Economic Behavior and Organization*, vol.47, n°3 (2002a): 259-273.
- Durlauf, S.N. “On the empirics of social capital”. *The Economic Journal*, vol.112, n°483 (2002b): 459-479.
- Foley, M. y Edwards, B. “Escape from politics? Social theory and the social capital debate”. *American Behavioral Scientist*, vol.40, n°5 (1997): 550-561.
- Friedan, B. *The Feminine Mystique*. New York: Norton, 1963.
- Goldberg, E. “Thinking about how democracy works”. *Politics and Society*, n°24 (1996): 7-18.
- Granovetter, M. *Getting a job. A Study of Contacts and Careers*. Cambridge: Harvard University Press, 1974.
- Jackman, R.W. y Miller, R.A. “A renaissance of political culture?”. *American Journal of Political Science*, n°40 (1996): 632-669.
- Ladd, E.C. “The data just don't show erosion of America's social capital”. *The Public Perspective*, vol.7, n°1 (1996): 5-22.
- Ladd, E.C. “Bowling with Tocqueville: civic engagement and social capital”. *American Enterprise for Public Policy Research* (September 1998).
- Ladd, E.C. *The Ladd Report*. New York: The Free Press, 1999.
- Lemann, N. “Kicking in groups”. *The Atlantic Monthly*, vol.277, n°4 (1996): 22-26.
- Levi, M. “Social and unsocial capital: a review essay of Robert Putnam's Making Democracy Work”. *Political and Society*, n°24 (1996): 45-55.
- Olson, M. *The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory of Groups*. Cambridge: Harvard University Press, 1971.
- Olson, M. *The Rise and Decline of Nations: Economic, Growth, Stagflation and Social Rigidities*. New Haven: Yale University Press, 1982.
- Minkoff, D.C. “Producing social capital”. *American Behavioral Scientist*, vol.40, n°5 (1997): 606-619.
- Newton, K. “Social capital and democracy”. *American Behavioral Scientist*, vol.40, n°5 (1997): 575-586.
- Paxton, P. “The social capital declining in the United States?”. *American Journal of Sociology*, n°105 (1999): 88-127.
- Portes, A. “Social capital: its origins and applications in modern sociology”. *Annual Review of Sociology*, n°24 (1998): 1-24.
- Portes, A. y Landolt, P. “The downside of social capital”. *The American Prospect*, vol.7, n°26 (1996).
- Portes, A. y Sensenbrenner? J. “Embeddedness and immigration: notes on the social determinations of economic action”. *American Journal of Sociology*, vol.98, n°6 (1993): 1320-1350.
- Putnam, R. “The prosperous community. Social capital and public life”. *The American Prospect*, vol.4, n°13 (1993): 35-42.
- Putnam, R. “Bowling alone: America's declining social capital”. *Journal of Democracy*, vol.6, n°1 (1995a): 65-78.
- Putnam, R. “Tuning in, tuning out. The strange disappearance of social capital in

America". *Political Science and Politics*, vol.28, n°4 (1995b): 664-683.

Putnam, R. "The strange disappearance of civic America". *The American Prospect*, vol.7, n°24 (1996a).

Putnam, R. "Unsolved mysteries; the Tocqueville files: Robert Putnam responds". *The American Prospect*, vol.7, n°25 (1996b).

Putnam, R. *Bowling Alone: the Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon & Schuster, 2000.

Putnam, R., Leonardi, R., Nanetti, R. y Pavoncello, F. "Explaining institutional secrets: the case of Italian regional government". *The American Political Science Review*, vol.77, n°1 (1983): 55-74.

Putnam, R., Leonardi, R. y Nanetti, R. *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern*

Italy. Princeton: Princeton University Press, 1993.

Schudson, M. "What if civic life didn't die". *The American Prospect*, vol.7, n°25 (1996).

Skocpol, T. "Unravelling from above". *The American Prospect*, vol.7, n°25 (1996).

Sobel, J. "Can we trust social capital?". *Journal of Economic Literature*, vol.50, n°1 (2002): 139-154.

Tarrow, S. "Making social science work across space and time: a critical reflexion on Robert Putnam's Making Democracy Work". *American Political Science Review*, n°90 (1996): 389-297.

Urteaga, E. "La sociología de las redes sociales en Francia", *Daimon: Revista de filosofía*, n°48, pp.157-186.

Uslaner, E.M. *The Moral Foundations of Trust*. Cambridge: Cambridge University Press.